



Aviso Legal

Capítulo de libro

Título de la obra:

La civilización norteamericana: ¿una nueva forma de la civilización o la americanización de la civilización occidental?

Autor:

Méndez Rojas, Diana Alejandra

Forma sugerida de citar:

Méndez, D.A. (2022). La civilización norteamericana: ¿una nueva forma de la civilización o la americanización de la civilización occidental?. En H.G.H. Taboada y A. Kozel (Eds.), *En busca de la civilización latinoamericana* (151-164). Universidad Nacional Autónoma de México, Centro de Investigaciones sobre América Latina y el Caribe.

Datos del libro:

En busca de la civilización latinoamericana

Diseñadora de cubierta:

Brutus Higuita, Marie-Nicole

Diseñadora de interiores:

Martínez Hidalgo, Irma

ISBN: 978-607-30-6342-5

Los derechos patrimoniales del capítulo pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto donde se indique lo contrario, este capítulo en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Compartir igual 4.0 Internacional (CC BY-NC-SA 4.0 Internacional). <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/legalcode.es>



D.R. © 2021 Universidad Nacional Autónoma de México. Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C. P. 04510, México, Ciudad de México.

Centro de Investigación sobre América Latina y el Caribe Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510, Ciudad de México. <https://cialc.unam.mx/>

Correo electrónico: betan@unam.mx

Con la licencia:



Usted es libre de:

- ✓ Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.
- ✓ Adaptar: remezclar, transformar y construir a partir del material.

Bajo los siguientes términos:

Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.

No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.

Compartir igual: si remezcla, transforma o crea a partir del material, debe distribuir su contribución bajo la misma licencia del original.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

6. LA CIVILIZACIÓN NORTEAMERICANA: ¿UNA NUEVA FORMA DE LA CIVILIZACIÓN O LA AMERICANIZACIÓN DE LA CIVILIZACIÓN OCCIDENTAL?

Diana Alejandra Méndez Rojas*

Cada civilización tiene una ambivalencia necesaria, una especie de doble contabilidad, y su fe en el espacio le ha dado a Estados Unidos sus mejores victorias.

RÉGIS DEBRAY

INTRODUCCIÓN

El proceso de expansión norteamericana a lo largo del siglo XX, las transformaciones en los mecanismos de producción y consumo, aunados a la construcción de una ideología americanizada con pretensión de universalidad, son elementos que nos permiten asumir la existencia de una nueva forma de civilización, la norte-

* Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora (damendezr@instituto.mora.edu.mx).

americana. Ahora bien, estos componentes también arrojan evidencia que apunta a que lo norteamericano es una continuidad de la civilización occidental, aunque con formas específicas. Irrumpe el cuestionamiento, ¿lo norteamericano es una nueva forma de la civilización o es la americanización de la civilización occidental? Las siguientes páginas giran alrededor de este interrogante para sopesar los rasgos que permiten responder afirmativamente a ambas posibilidades desde el enfoque civilizacional. Si bien no se da una respuesta categórica que resuelva si estamos ante una continuidad o una ruptura absoluta, se plantea la emergencia de una nueva forma mucho más potente y universalizada. En este escrito se maneja la noción de *Norteamérica y norteamericanos* como una dimensión geocultural, identificada con Estados Unidos como nación y con sus individuos. Y las de *América, americanismo y americanización* en el sentido de un proyecto histórico e ideológico con características propias, que son las que se analizan. Los autores incorporados se refieren, bajo estos distintos términos, a un horizonte que tiende a exceder las fronteras de Estados Unidos, Norteamérica y América.

El punto de partida es la existencia del dominio “euro-norteamericano” que, según sea el caso, puede ser asumido como el eje fundamental que gobierna los destinos del mundo o una pieza más de la ecuación que adquirió mayor autonomía frente a su matriz histórica, esto es, que lo norteamericano se sobrepuso al resto. Así, la existencia de una civilización americanizada, considerada vigente o latente, convoca a problematizar su registro histórico y su contenido conceptual. En lo histórico, la expansión global europea remite a la historia de larga duración en los términos de una forma civilizatoria uniforme, en tanto que la idea de una ruptura norteamericana permite colocar el énfasis en el

último siglo, marcado por la aceleración de la globalización económica, la interconexión generalizada de las naciones y pueblos, así como el moldeamiento de prácticas culturales compartidas. En lo conceptual, la propuesta de Bolívar Echeverría permite pensar la trayectoria específicamente americana de la civilización occidental en su registro económico.¹ Estados Unidos es, sin duda, el primer país que en la historia contemporánea alcanzó la ambición y los medios para irradiar a escala planetaria una reconfiguración, al menos parcialmente, del plano político, económico y cultural, evidentes en el paisaje cotidiano.²

UNA EMERGENCIA CIVILIZATORIA

Si el capitalismo es fechado en su despliegue desde el siglo XVI, Norteamérica es el resultado del dominio europeo. Se trataría así de una creación deudora de esa forma de poder y, por tanto, su continuidad inmediata. Sin embargo, el transcurso del siglo XX demostró que América no es dependiente de la forma europea de la civilización moderna, pues adquirió autonomía suficiente para presentar una alternativa y, de hecho, ha moldeado radicalmente el rostro civilizatorio dándole un contenido más diverso.

Es muy recurrente la narración de cómo Norteamérica sustituyó la hegemonía europea hacia el final de la segunda Guerra Mundial, proceso que incluyó una vigorosa “colonización” económica, mediante la cual Estados Unidos financió gran parte de la reconstrucción de los países devastados a través del Plan Marshall.

¹ Bolívar Echeverría, “La ‘modernidad americana’ (claves para su comprensión)”, en *id.*, comp., *La americanización de la modernidad*, México, UNAM/Era, 2008.

² Ludovic Tournès, *Américanisation: une histoire mondiale (XVIII-XXI siècle)*, París, Fayard, 2020.

No obstante, es preciso preguntarse hasta qué punto fue el arribo y no el comienzo del dominio norteamericano sobre la forma civilizatoria occidental. En este sentido, Enzo del Búfalo señala que el americano es un europeo que se desterritorializa de la sociedad absolutista moderna para reterritorializarse en una nueva sociedad de hombres libres, tejida por prácticas sociales mercantiles que no dieron cabida a sumisiones despóticas de ningún tipo.³

Por su parte, Immanuel Wallerstein señala que el declive de Inglaterra de la escena mundial, durante el siglo xx, encontró un posible remplazo en dos naciones: Alemania y Estados Unidos. De acuerdo con el argumento del sociólogo histórico, en la década de 1870 ambos países encontraron la fórmula para configurarse como posibles relevos de la otrora potencia económica.⁴ Es factible asumir esta periodización inicial para trazar el trayecto a través del cual Norteamérica reorganizó a la civilización en su conjunto.

La capacidad de Norteamérica para establecerse como revolucionaria dentro de la trama de la civilización occidental se encuentra en un elemento geopolítico clave: su apertura territorial. Norteamérica como civilización es posible gracias a su capacidad de establecerse como puente unificador entre una perspectiva atlántica —hasta entonces dominada por Europa— y una pacífica, espacialidad novedosa para la modernidad. De esta forma, puede constatarse el despliegue de Norteamérica a partir de 1898, año que vio emerger sus primeros esfuerzos militares de carácter planetario. La territorialización original del espacio geográfico de las Trece Colonias —en la costa este— fue puramente fortuita y

³ Enzo del Búfalo, *Americanismo y democracia*, Caracas, Monte Ávila/ucv, 2002 (Col. *Perspectiva actual*).

⁴ Immanuel Wallerstein, *La decadencia del poder estadounidense*, Antonio Saborit, trad., México, Era, 2003.

no comprometió su futura expansión a otros territorios.⁵ Así, 1898 marcó el comienzo de una serie de movimientos que le permitieron a Norteamérica hacerse del control de los dos principales océanos y, con ello, el dominio de la forma concreta de construcción del mercado mundial. Este hecho contrastó con el horizonte eurocéntrico contenido en la supremacía mediterránea, aunque complementado con algunos territorios, poco articulados, a lo largo de la espacialidad colonial.

En definitiva, la capacidad militar-comercial le permitió a Norteamérica planetarizarse y, en el año señalado, movió las piezas del ajedrez geopolítico que le dio la base para involucrarse posteriormente en los conflictos europeos. El curso de la Guerra Hispanoamericana del 1898 —animada por la contención de las aspiraciones independentistas— se convirtió en la oportunidad de los norteamericanos para vencer simultáneamente a la armada española y a las iniciativas nacionalistas de Cuba y Puerto Rico. Aseguró así su dominio sobre las Antillas Mayores. Por el lado del Océano Pacífico, el ímpetu beligerante y la lógica expansionista permitió a los norteamericanos obtener el control de Filipinas y Hawái, territorios insulares que terminaron por cerrar la pinza del dominio planetario. En este caso la expansión fue coincidente con la expulsión del antecedente más próximo a la noción de un imperio global: el español.

El control norteamericano sobre el área caribeña —el Mediterráneo latinoamericano— fue el anuncio primigenio de un movimiento más amplio y complejo que incluyó violentas invasiones durante las primeras décadas del siglo XX, entre cuyas víctimas se encontraron naciones como Nicaragua y Haití. Con todo, el prin-

⁵ Del Búfalo, *Americanismo y democracia* [n. 3].

El principal objetivo estratégico del istmo centroamericano fue Panamá, cuya geografía abrió la promesa para el comercio transoceánico. Una meta que se alcanzó con la inauguración del Canal de Panamá en 1914, obra de ingeniería tan espectacular como importante. La civilización norteamericana se construyó sobre las esclusas que conectaron los dos desnivelados océanos y permitieron el paso de las embarcaciones a través del istmo.

Mucho más conocidas son las historias que se tramaron entre las dos guerras mundiales, tiempo en el que Norteamérica asumió decididamente el papel de gendarme regional, desafiando a las potencias económicas en retirada. Su participación en el segundo de los conflictos globales permitió a Norteamérica construir un orden geopolítico perdurable por los siguientes cincuenta años. Además de ello, Norteamérica guarda el monopolio de la victoria sobre el Océano Pacífico al doblegar al imperio nipón. Las bombas atómicas lanzadas sobre dos ciudades japonesas marcaron la culminación de la imbricación perversa entre ciencia y guerra. Si bien dicho vínculo había sido labrado en lo que Enzo Traverso llama la “guerra civil europea”,⁶ no queda duda de que la energía atómica desatada sobre un pueblo ya rendido marcó una nueva pauta.

La posibilidad de que Norteamérica moldeara la herencia de la civilización occidental hasta transformarla radicalmente alcanzó su cénit en la segunda mitad del siglo xx. Ello implicó, además del afianzamiento de la centralidad geopolítica, la decisión de exportar un modelo de forma de vida hacia el resto del mundo. Éste fue el papel que durante la Guerra Fría desempeñó el americanismo, entendido como oposición ideológica al comunismo, y fue lo que dio sustento a las numerosas intervenciones norteamericana

⁶ Enzo Traverso, *A sangre y fuego: de la guerra civil europea (1914-1945)*, Miguel Ángel Petrecca, trad., Buenos Aires, Prometeo, 2009 (Col. *Historia*, núm. 80).

alrededor del mundo. Algunas de ellas fueron escaladas militares, como en el caso de Asia, y otras estrategias se movilizaron a través del *soft power*. Estados Unidos construyó así una nación y una narrativa nacional en la que se esforzó por imponer su poder e influencia con métodos diferentes a los de las potencias clásicas—combinando seducción y coerción— y con una intensidad y logística sin precedentes.⁷ A pesar de ello, este abrazo ha consistido tanto en difundir el americanismo por el mundo como en llevar el mundo a Estados Unidos, física o simbólicamente.⁸

Estados Unidos, como toda nación, se encontraba dividida por posiciones políticas distintas, sin embargo y pese a las divergencias, las posturas coincidían en el carácter civilizador y en su incidencia global. Algunos privilegiaron la dimensión ideológica y otros afianzaron su disposición militar. En síntesis, la acelerada historia del siglo xx demanda pensar al enfoque civilizacional teñido indeleblemente por el poder norteamericano y al americanismo como horizonte compartido.

LA MODERNIDAD AMERICANIZADA

Fascinado, como otros, por la forma concreta de reproducción de aquella cultura, Bolívar Echeverría señaló puntualmente el proceso de americanización de la civilización occidental, siendo uno de los que mejor desarrolló la noción sin dejarse atrapar por las formas empíricas.⁹ Su planteamiento trascendió ejemplos específicos para captar el movimiento en una temporalidad amplia, lo que le brindó profundidad al concepto de americanización.

⁷ Tournès, *Américanisation* [n. 2].

⁸ *Ibid.*

⁹ Echeverría, “La ‘modernidad americana’” [n. 1].

Entre los marxistas, Echeverría forma parte de una línea discontinua de reflexión a propósito de esta cuestión. Más difundidas son las reflexiones de Antonio Gramsci, quien, desde la década de 1930, al seguir la estela de pensadores italianos de su época, captó la ambigüedad de la novedad del americanismo. Gramsci reflexionó sobre el estatuto histórico del americanismo como un posible “faro” para una nueva civilización, sustentado en formas específicas de regulación de la vida social —como el prohibicionismo y el puritanismo— que impactaban directamente la vida cotidiana de la clase trabajadora. Asimismo, remarcó la peculiaridad de que en América el pasado fuese algo intrascendente, frente a la “vieja” Europa marcada, en todos sus poros, por la existencia de formas de organización social previas. De manera que en el caso de Norteamérica se estableció el dominio de una forma civilizatoria que no requería negociar con el pasado.¹⁰ La conquista del Oeste es la forma narrativa que asumió esta ruptura con respecto a cualquier experiencia previa dentro del territorio. Lo que explica por qué los llamados pueblos indios no fueron considerados sujetos para la civilización y, por consiguiente, quedaron excluidos, inaugurándose una agresiva e inédita política de segregación.¹¹ En contraparte, Europa debía sobrellevar anticuados símbolos, ciudades amuralladas, reinos en decadencia y reyes de ornamento. Esto convirtió a

¹⁰ Antonio Gramsci, *Cuadernos de la cárcel* (1975), Valentino Gerratana, ed., Ana María Palos y José Luis González, trads., México, Era, 2002, tomo 6; sobre el tema véase Diana Alejandra Méndez Rojas, “Americanismo y civilización en Antonio Gramsci”, *Cuadernos Americanos* (México, UNAM), núm. 177 (julio-septiembre de 2021), pp. 81-89.

¹¹ Domenico Losurdo, “El origen norteamericano de la ideología del Tercer Reich: guerra preventiva, americanismo y antiamericanismo”, Roberto Hernández Oramas y Lucero del Socorro Cáceres Moncada, trads., *Dialéctica* (Puebla, México), vol. 30, núm. 38 (2006), pp. 93-116.

Norteamérica en la antítesis de esquemas colectivos condenados al estancamiento y el declive.¹²

Es preciso apuntar que antes de las elaboraciones de Echeverría y de Gramsci, el propio Karl Marx señaló en 1857 la originalidad de la formación social que se desarrollaba en Norteamérica:

Un país en el que la sociedad burguesa no se desarrolló sobre la base del régimen feudal, sino a partir de sí misma; donde esa sociedad no se presenta como el resultado supérstite de un movimiento secular, sino como el punto de partida de un nuevo movimiento; donde el Estado, a diferencia de todas las formaciones nacionales precedentes, estuvo subordinado desde un principio a la sociedad burguesa, a su producción, y nunca pudo plantear la pretensión de constituir un fin en sí mismo.¹⁵

Según se ha apuntado, en las ideas de Marx y de Gramsci actuó una consideración de la novedad del capitalismo norteamericano, mientras que en los trabajos de Echeverría el americanismo fue concebido y presentado de manera más amplia. Este último señaló que la americanización de la modernidad era un proceso civilizatorio general en cuyo seno se encontraba la promesa del abatimiento de la escasez natural, mediante el control de la naturaleza apoyada en el desarrollo constante de la técnica.¹⁴ Para Echeverría, este proceso fue dominado por una forma particular que impuso un vínculo social mercantil-capitalista. La técnica y la posibilidad de superar la escasez, es decir, cumplir el proyecto ci-

¹² Loïc Wacquant, “América como profecía de autocumplimiento”, en *id.*, dir., *Repensar los Estados Unidos: para una sociología del hiperpoder*, Barcelona, Anthropos, 2005, pp. 7-39.

¹⁵ Karl Marx, *Grundrisse: elementos fundamentales para la crítica de la economía política*, José Aricó, Miguel Murmis y Pedro Scaron, trads., México, Siglo XXI, 2002, tomo III, p. 92.

¹⁴ Echeverría, “La ‘modernidad americana’” [n. 1].

vilizatorio, se encontró frente al dilema de que aumentar la fuerza y capacidad productiva daba como resultado escasez artificial. La concreción del cometido de la civilización moderna es al mismo tiempo su traición continua.

Aunque esta perspectiva fue lanzada desde un mirador prioritariamente “norte-europeo”, asociado a la diversidad del protestantismo, Echeverría incluyó hacia el final de su carrera la posibilidad de comprender de una manera más radical el proyecto civilizatorio moderno: el americanismo. Así, la forma americana es una parte que domina a un todo más amplio, la modernidad capitalista.¹⁵

¿Cómo entiende Echeverría la radicalidad y novedad del americanismo? En primer lugar, como la manera concreta de reproducir la vida sin necesidad de pasar por el reconocimiento de un elemento concreto, como el valor de uso. Desde su punto de vista, el americanismo es la expresión más prístina del dominio del valor que no entra en contradicción con formas no capitalistas de producir y reproducir la vida, de manera que “sería la conquista del grado más alto de subsunción de la lógica ‘natural’ o lógica del valor de uso de la vida social moderna a la lógica capitalista de la autovalorización del valor mercantil, el grado casi pleno de la identificación entre ambas”.¹⁶ Esta confusión entre la dimensión concreta de reproducción de la vida y lo abstracto es la conquista del americanismo.

Al seguir la proposición de Marx con respecto al valor y valor de uso como una unidad contradictoria, Echeverría entiende al valor como la dimensión mercantil-capitalista privilegiadamente abstracta, en oposición al valor de uso como la dimensión natural

¹⁵ *Ibid.*

¹⁶ *Ibid.*, p. 25.

y concreta que asume la satisfacción de las necesidades.¹⁷ Así, la confusión entre una cualidad y otra sólo ocurre en la americanización de la modernidad. Desde su argumentación, esta doble dimensión se mantuvo siempre en tensión y contradicción, si bien en sus diversas configuraciones en la modernidad capitalista se impuso el valor sobre el valor de uso, sólo con la llegada del americanismo un elemento de la ecuación logró “subsumir” al otro hasta volver indistinguible su unidad.

Una de las características principales de la americanización de la modernidad es la imposición de una forma estandarizada de reproducir la vida cotidiana. El denominado *american way of life* es la expresión homogeneizada de una vida idílica signada por la meritocracia. Sin embargo, más allá de sus expresiones ideológicas, dicho estilo de vida expresa un problema más profundo. Al respecto apunta Echeverría que se trata de “una eliminación sistemática, dentro de la vida cotidiana, de la competencia entre las múltiples propuestas de vida o los distintos ‘éthe’ posibles dentro de la modernidad capitalista”.¹⁸ Nos encontramos así ante una homogeneización de la vida social a partir de la estandarización de la producción y el consumo, junto con un cercenamiento de las alternativas de construcción de otra forma de organización social. El americanismo se torna el punto más álgido de la forma mercantilizada de reproducir la vida.

La americanización de la modernidad ha tenido la capacidad de homogeneizar la vida cotidiana, de sofocar las formas diversas de organizar la sociedad y ha implementado una estrategia dominada por una técnica siempre intercambiable y desechable: “si la civilización ‘(norte-)americana’ ha podido festejarse a sí misma

¹⁷ *Ibid.*

¹⁸ *Ibid.*

como autosuficiente, como dueña de una ‘naturalidad artificial’ que la autorizaría a prescindir de la ‘naturalidad’ antigua y moderna de la vida, es porque así lo permiten las condiciones de una crisis civilizatoria radical y generalizada”.¹⁹

La utopía americana se encuentra en la profundización del individualismo pragmático y en la sustitución del mundo natural por uno artificial y no en el establecimiento de un orden social justo. Esto es patente en el uso individualizado del automóvil, el concepto de *fast food* y la estandarización del tiempo de ocio a través de pantallas personales. Esta dimensión americanizada de la utopía moderna contrasta con su par europeo, que fue invadido por “el virus bolchevique”. Si en la modernidad occidental existía la posibilidad de construcción de un orden social justo, en la variante americana la utopía asumió la forma de un individualismo extremo que vacunó a las clases trabajadoras de la amenaza roja. No por nada, a principios del siglo xx, Werner Sombart se preguntaba por las razones de la debilidad del socialismo entre la robusta clase obrera industrial norteamericana.²⁰ Desde el punto de vista de la americanización, la utopía redentora que prometió una sociedad sin clases se convirtió en un padecimiento que contribuyó al debilitamiento de la civilización europea. Lo que en el viejo continente se interpretó como una enfermedad contagiosa entre las clases subalternas —la idea comunista— en Norteamérica quedó neutralizado definitivamente.

La debilidad de los proyectos relacionados con el socialismo y el comunismo es una de las características fundamentales de la

¹⁹ *Ibid.*, p. 32.

²⁰ Werner Sombart, “¿Por qué no hay socialismo en los Estados Unidos?” (1906), *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, núm. 71-72 (1995), pp. 277-372.

forma americana de la modernidad. En otras palabras, en esta forma de civilización no existe lugar para un proyecto revolucionario colectivista. Todo lo contrario, al prescindir de estas expresiones concretas de la utopía se impone a la vida social una lógica productivista, tecnicista e individualista. Lo que Echeverría señala es que frente al deterioro del proyecto civilizatorio la respuesta ha sido la profundización de la americanización. Por ello, es lógico que ante la emergencia de una crisis como la ambiental o la alimentaria la respuesta no sea la de construir alternativas distintas a la capitalista sino la de insistir en una solución técnica a esos problemas.

CONCLUSIONES

Siguiendo la clave histórica, los acontecimientos del siglo XX denotan una ruptura radical entre la forma europea de la civilización y la que venimos analizando, pues el desarrollo concreto del poder norteamericano logró reorganizar al conjunto de la geopolítica y al horizonte simbólico de la vida cotidiana. A pesar de ello, una comprensión de más largo plazo muestra que en el proyecto civilizatorio moderno se anidaban las expresiones mercantil-capitalistas que fueron llevadas hasta sus últimas consecuencias por el americanismo.

Ya sea que se piense al americanismo como continuidad o como ruptura dentro del proyecto civilizatorio occidental, lo cierto es que esta forma de comprender la cultura y la vida social ha dejado ya una huella indeleble en los pueblos y naciones alrededor del globo. No hay recoveco de la vida de los seres humanos que no se encuentre colonizado o trastocado por el *american way of life*. Si en la autocomprensión norteamericana el mestizaje como

principio está excluido, en su recepción las distintas culturas han fagocitado a la propia forma americana. El universalismo de la civilización norteamericana²¹ engendra la paradoja de que su triunfo expansionista es al mismo tiempo la difuminación de su identidad, su crisis.

²¹ Pierre Bourdieu, “Dos imperialismos de lo universal”, en Wacquant, dir., *Repensar los Estados Unidos* [n. 12], pp. 11-15.